

hombre de sensibilidad hiperestesiada, que recoge todas las alegrías, desgarraduras y dolores con centuplicada intensidad? Pensamos que «Luz en su tierra» es el primer libro que se ha escrito sobre Castro. Vendrán otros, más tarde. Este, el que comentamos, tiene la frescura, la sencillez y la pureza que sólo pueden proporcionar uno de los más grandes dones de que puede disfrutar el hombre: la amistad.—GONZALO DRAGO.



«LA ESPAÑA QUE VI Y VIVÍ», por *E. Rodríguez Mendoza*

Con la acostumbrada exuberancia que le da su prodigiosa vitalidad literaria y humana, rompe su silencio editorial de cuatro años (los que van desde la publicación de su «Miranda el Visionario»—Buenos Aires—1944) el conocido escritor y diplomático don Emilio Rodríguez Mendoza, entregándonos su más reciente obra, «La España que vi y viví». Hemos querido hablar deliberadamente de pausa editorial, no literaria, porque este infatigable hombre de letras se encarga de señalarnos periódicamente, con el semáforo atrayente y luminoso de sus artículos quincenales de «El Mercurio», la presencia de su mente atenta y vigilante sobre el acontecer mundial o nacional, en interesantes crónicas de sabrosa presentación y de jugosa esencia.

Esta vez ha transferido a un denso volumen, elegantemente editado por Nascimento, su experiencia directa sobre la realidad española en el período de 1925 a 1930, mientras desempeñó, con acierto unánimemente reconocido, sus funciones de primer embajador de Chile en España. A él le cupo el honor de ver ascendida a Embajada nuestra representación diplomática en la Península, deferencia ésta del gobierno español a la que no han sido ajenos los méritos y la prestancia intelectual del autor de «La América Bárbara».

Comienza el libro haciéndonos asistir a su retorno a España

20 años después de haber llegado a ella, en plena juventud, cuando se iniciaba en la carrera diplomática. Pudo entonces recoger las impresiones del Madrid de comienzos de siglo, representativo de la España galdosiana, romántica, liberal y progresista. Entre aquélla y la de ahora puede advertir diferencias profundas. Madrid no es el de antes; su atavío exterior ha variado: hoy presenta el atuendo urbanístico de una ciudad moderna, aunque ha perdido algo del sabor tradicional, castizo de la antigua Corte. Tampoco su expresión psicológica es la misma de antaño. A la transformación técnica de la ciudad ha seguido un vuelco violento de los espíritus. El alma de la raza aparece transpasada por distintas modalidades intelectuales, por una sensibilidad nueva, la que la ha conferido la generación inconformista del 98; las generaciones de hoy dinámicas, iconoclastas, dominadas por una pujante inquietud transformadora son revolucionarias frente a los viejos hábitos peninsulares. Hoy se afronta a una España intelectual y científica, la de Ramón y Cajal, de Ortega y Gasset, de Marañón.

No ha pretendido el autor relatarnos sus impresiones o recuerdos literarios de su permanencia en España. En cambio nos transmite sensaciones de vida, cuadros animados y palpitantes, captados desde el ángulo original que le proporciona su alta jerarquía, cogidas en el escenario multiforme, movido y pintoresco adonde lo sitúa, su misión de diplomático. Tanto mejor porque ha tenido así, fuentes de información vírgenes, ricas, novedosas de primera mano podríamos decir, que él aprovechaba con la discreción del hombre de mundo, con la contención del diplomático fogueado, que nos entrega con la animación, el vigor y el realismo de quien es un escritor de recia fibra literaria.

Aun para aquellos pocos entusiastas del esplendor de la realeza, de las suntuosidades palaciegas de los esplendores de las monarquías y de las frivolidades de la corte, tienen los capítulos de la obra de Rodríguez Mendoza dedicados a esto, un

atrayerente interés, que se lo imprime el autor con su facultad de transmutar hechos aparentemente banales, escenas de protocolo o personajes transitorios, en seres reales, vivientes, animados, jerarquizados estéticamente por su facultad vitalizante y creadora. Nos traza con su estilo rico de colorido y viveza, con su pincelada exacta y decisiva, a veces con un brochazo fuertemente impresionista, una visión muy animada de un sector de la vida política de España; de las actuaciones del monarca y de la familia real, del carácter de los mismos, dejándonos, gracias a su estilo original, plástico, lleno de vida, con su excelente sentido del humor que planea en esta parte, como en casi toda la obra, un recuerdo y sensaciones vívidas de escenas, personajes y hechos, difíciles de revivir por otra pluma que no sea la suya. Nos quedan así los perfiles de las dos personas actuantes de mayor relieve en la política del reino, durante el sexenio del que fué un espectador apasionado: del Rey de España S. M. don Alfonso XIII y de su jefe de Gobierno, el general Miguel Primo de Rivera.

Al Rey, sencillo dentro de su elevada dignidad, se le ve cordial, animado de bastante gracejo y simpatía, definirse más como hombre de mundo que como político; bien intencionado cuidadosamente informado de las menudencias de la política internacional, aunque en grado bastante menor de las necesidades de su país, sin que sus buenas intenciones le permitan llegar hasta la angustia misma de su pueblo y a la solución de sus problemas, que eran fundamentalmente de orden cultural y económico. Asistimos a través de estas páginas a la tragedia que se ve anticiparse: La caída de la monarquía, inevitable primero, y a su secuencia no muy lejana en seguida, la Guerra Civil.

Junto a don Alfonso de Borbón, el personaje de mayor significación en la política del reino es el General Primo de Rivera, Marqués de Estella, militar de recia enjundia, españolísimo, ingenioso, «bon viveur» valiente y audaz que quiso adelantarse al rey en su afán de trastocar las prácticas de la vieja política

española, abrogando la Constitución liberal de Cánovas de Castillo, inadecuada según ambos, a los tiempos totalitarios que se venían acercando. Por esto se pronuncia con el golpe militar de 1923 y gobierna con poderes absolutos durante casi 7 años. Tampoco logra dar solución satisfactoria a las urgencias dramáticas que plantean los problemas sociales palpitantes de la España sometida. Es un gobierno, sólo semi-dictatorial, de blanda pero firme mano nunca ensangrentada por el crimen político. No mereció, según el autor el calificativo de dictadura, apreciación diametralmente opuesta a la del escritor salmantino, el filósofo don Miguel de Unamuno quien desde su ostracismo de Fuerte Ventura o en Hendaya, no dejó de fustigarla acremente.

Lleva Rodríguez Mendoza al entrar en la Península, como todo ibero-americano de buena cepa, a «España en el corazón». Su tradición, su cultura, su pueblo, su historia le atraen irresistiblemente. Es una potente atracción de raza que lo hace amar apasionadamente todo lo español, es una auténtica hispanofilia que «lleva en la sangre», y esto no es pura metáfora, pues por su genealogía, incluída en los documentos anexos a su libro, sabemos su genuino origen hispánico, que lo entroncan directamente y de muy atrás a las huestas fundadoras, en la conquista y la Colonia de nuestra nacionalidad. Hay además una poderosa atracción telúrica que lo hace amar su suelo, su paisaje y sentir vigorosamente la emanación del ambiente español, percibir la emoción de la tradición histórica peninsular debajo de cada piedra del solar hispánico. Dedicó la parte de su permanencia en España que le dejan libre sus obligaciones protocolares y a recorrerla casi de parte a parte. Una fecunda laboriosidad le lleva a sus principales ciudades; dicta conferencias, asiste a exposiciones, inaugura con la asistencia del rey, el Pabellón Chileno de la Exposición de Sevilla. De sus actividades artísticas y diplomáticas nos quedan en su libro las más interesantes impresiones. Constituyen, sin subestimar las anteriores, sus más bellas páginas. De aquí nacen las estampas de ciudades y bocetos de tipos del pueblo

español que integran las páginas mejor logradas de su libro. La calidad racial del hombre hispánico se le impone por su reciedumbre, por su vigor elemental, telúrico de hombre primordial de la península, tallado en piedra, en la dura roca del macizo ibérico, de ruda complejión biológica, destacada por su hombría, por su virilidad fundamental. «España es un país de machos» nos adelanta también reciamente el autor. Este *homo hispanus* le ha brindado el modelo para sus dibujos aguafuertistas, para sus manchas impresionistas, para sus recios perfiles trazados al carbón que nos dejan esas estampas de calidad imborrable, como aquella del cabrero del alto de las sierras que, vestido de su zamarra de pieles, calzado de sandalias, apoyado en su rústico báculo de fresno, tiene un sabor arcaico de hombre de la Ilíada o de «estampa bíblica» y que como todo un gran señor rehusa recibir retribución por un vaso de leche servido a los viajeros. O como aquel otro, de igual categoría estética y psicológica, el hidalgo de las sierras segovianas, encarnación viva del alma castellana, tan lleno de señorío y de dignidad al presidir su mesa en que ofrece hospitalidad y merienda a viajeros de tierras desconocidas. Lo mismo aquella otra del muchachito cojo, campanero de la iglesia de Avila, la ciudad de la tradición mística, que les sirve de cicerone mientras permanecen en ella, y a quien el llanto inunda los ojos en el momento de despedirlos, junto al automóvil en que el autor corre estas andanzas, en compañía de su dignísima esposa.

Le acompañamos en su trayectoria estética por toda la Península y asistimos a Sevilla, la de la Giralda, de las procesiones, de las «saetas» y del «cante jondo», la de los toreros y de las manolas; Sevilla de la tradición de arte, de pasión y de sangre, también ciudad de honda tradición cultural, cargada de historia peninsular y universal, encrucijada de razas, puente hacia el descubrimiento de las vírgenes tierras de América, desde cuyas abras luminosas y de cuyas rías apacibles, partieron un día la esperanzadas carabelas de un genovés loco o romántico, tra

un mundo desconocido. Tal es la virtud sugerente de las estampas de Rodríguez Mendoza, que contagia al comentarista...

Le seguimos en seguida a Trujillo, en busca de la heredad natal de Francisco Pizarro, en cuya plaza invadida de cerdos, se eleva la estatua ecuestre del Conquistador, frente al caserón ya desmoronado en que viniera al mundo. A Segovia, con sus acueductos y sus torres románicas. A Toledo con su alcázar y sus catedrales góticas. A la «capital mística de España», Avila, la ciudad de la santa de las «Moradas» Teresa de Ahumada y Cepeda, Santa Teresa de Jesús. Avila, ahí dormida en el corazón de la vieja Castilla, silente en su pasado místico y legendario, con su quietud conventual y sus templos medievales, evocada con toques magistrales, al igual que el recuerdo humano de la santa y de sus ocho hermanos ocupados en la conquista de América, uno de ellos, antepasado del autor, combatiente en el sitio de Cañete, en Chile.

Tenemos que seguirle a Valladolid, en cuya aula universitaria dicta, ante un público desbordante, con el aplauso estruendoso de la grey estudiantil y de sus autoridades docentes, su acertada conferencia sobre los «Estados Desunidos de Sud-América», de gran resonancia en los círculos hispano-americanizantes de la Península y de Latino-América, ensayo trascendente al incidir en las causas que hicieron que las jóvenes repúblicas de nuevo continente malbarataran, por inexperiencia política, el patrimonio estatal unificador que España les legara y que ahora las hace sentirse empequeñecidas, inferiorizadas, ante el potencial económico, político y civilizador del coloso del Norte.

Debemos seguirle también en sus incursiones por el pasado místico y tradicional de la España católica. Nos trasladamos al país vasco, a la más interior de las 7 provincias vascongadas, Navarra, en cuyos caseríos los de Azpeitia y Aizcoitia circundados de fresnos y de encinas, discurriera la juventud tumultuosa y combativa de San Ignacio de Loyola, que opusiera a la Reforma

su más sólido argumento con la fundación de la Compañía de Jesús y sus ejercicios espirituales.

Tampoco podemos abandonarle en su peregrinación por la España de Cervantes y de su héroe inmortal. Con emoción y devoción le seguimos en su itinerario cervantino, porque a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre el Manco Ilustre y su Caballerío de la Triste Figura, las páginas que Rodríguez Mendoza le dedica, tienen novedad e interés. Saliéndose de lo manido y académico, evoca y revive momentos de la vida del creador del Ingenioso Hidalgo con originalidad, con mucho de su cosecha, sin trasegar en lo ajeno. No sigue como lo hiciera Azorín, la «Ruta de don Quijote» por la árida llanura castellana, sino la peripecia ininterrumpida en el espacio y en el tiempo del que lo incubó en su fantasía y que prefirió, según su castizo decir, «el camino a la posada». Entramos como su andariego evocador, a la Capilla de Alcalá de Henares en donde el pequeño Miguel recibió el óleo y crisma de la cristiandad. Nos trasladamos a Sevilla, hervidero de pícaros y ruflanes, de mozas de desaprensivo vivir, asiento de la Casa de Contratación para los que quisieran prestar servicios a la corona en sus dominios de ultramar, en esa América por Cervantes calificada de «Iglesia de los Alzados, añagaza de mujeres libres» y donde este peregrino ingenio, creador del más alto símbolo de humana encarnación, solicita vanamente un «destino», a las ubérrimas tierras de Indias, que le es olímpicamente denegado por la filipesca autoridad del Consejo con asiento en la Corte de Madrid. Nos introduce también al ámbito sórdido de la cárcel de Sevilla, que había de ser la originaria cuna del Quijote y en donde se produce el patético encuentro y reconocimiento de los dos grandes «ingenios» de su tiempo; ambos creadores del género picaresco en la literatura castellana: Miguel de Cervantes y Saavedra con su Quijote y Mateo Alemán, con su «Guzmán de Alfarache».

Debemos seguir aún al héroe en su asendereada existencia por dentro y fuera de España y en sus vicisitudes y malentendi-

dos con el «Fénix de los Ingenios», el egoísta y cortesano Lope de Vega que tanto recelo tuviera de la gloria de Cervantes; topamos con sus satíricas diatribas y con su insincero afán de reconciliación al verle ya viejo y enfermo. Asistimos, por último a los homenajes tardíos e inútiles que la Academia de la Lengua, le ofrece con ocasión del tercer centenario de su muerte, en la humilde iglesia de las trinitarias, en donde nadie puede precisar el sitio en que descansan sus aporreados huesos, tema que da al autor motivo para desfogarse denostando contra academias y académicos, que no parecen ser santos de su devoción. Con sus cuadros, imágenes y pasajes acerca de Cervantes contribuye Rodríguez Mendoza a incrementar ricamente la mística cervantina; llega a proponer para el pomposamente llamado por la posteridad «Príncipe de las letras castellanas», hombre de carne y hueso, pero en realidad «super-hombre», el calificativo de santo...

Mucho se podría espigar aún en cada capítulo de este libro tan nutrido y frondoso: la tiranía del espacio nos obliga a comprimarnos. Queremos señalar, añadido a sus méritos artísticos, alguno de los efectos éticos tonificantes que ha tenido sobre los admiradores de España aquende los mares: la virtud de desvirtuar o aminorar la «leyenda negra» que sobre el gobierno anterior a la República, el de don Alfonso de Borbón y de Primo de Rivera, hacía en estas tierras de desorbitada democracia y acendrado republicanismo. España, por una singular ventura, por un designio misterioso que el acontecer ha contrariado siempre, por una especie de fatalidad histórica, ha estado condenada a no ver realizado su verdadero destino como nación y potencia. Es la tragedia que ha gravitado eternamente sobre la política española. En el sexenio sagazmente comentado en esta obra, se puede ver que ni la monarquía liberal ni la dictadura fueron capaces de llegar hasta lo hondo del problema, a la entraña misma de la tortura del pueblo español que no halla su horizonte, que no divisa claro su destino y que continúa en la insolvencia de sus angustias vitales. Cuando el autor regresa de Chile, después



de una corta ausencia, se encuentra con que Primo de Rivera ha perdido el favor del Rey, sin haber conquistado tampoco el afecto popular, y que se retira decepcionado, incomprometido y en una digna pobreza, muere en el exilio. Es el período pre-agónico de la monarquía, que no tardará en ceder su paso a la segunda República Española, que por aquella misma fatalidad gravitante sólo alcanzó a esperar al sufrido pueblo español. Sucede la caída de la monarquía y el Rey, antes popular y simpático, se va de su reino, sin pena ni gloria, sin que la minoría adicta a la corona, el ejército de genuina inspiración monárquica y la nobleza que podría ver amenazados directamente sus privilegios, hicieran nada por retenerlo. Menos el pueblo, porque tanto el Rey como sus personeros vivieron siempre ajenos a la realidad social de España, gran nación digna de mejores destinos, que si tuvo políticos, no tuvo en la época contemporánea, jamás un estadista.

Con la publicación de la obra aquí comentada, incrementa Rodríguez Mendoza, en forma valiosa el acervo de su producción literaria que sobrepasa ya los veinticinco títulos. La España que el vió y vivió, vivirá también perennemente en el ánimo de sus lectores y admiradores, por los valores permanentes que ella encierra. Lo adventicio, lo accesorio se desvanece para dejar en el espíritu del lector el rico sedimento de un oro de buena ley, que felizmente abunda en este libro. La crítica reconociéndole todos sus valores afirmativos, ha señalado la superabundancia de imágenes y la frondosidad de su estilo. Para nosotros, conocedores muy cercanos del alma del autor, éstos no son deméritos sino manifestaciones temperamentales de su carácter, productos de su formación psicológica y artística, la de alguien que ha vivido la vida intensamente y en escenarios siempre muy diversos. Que ha recogido de la vida una cultura mucho mayor que la bebida en los libros, que también han sido muchos, todo lo que supone abundante material acopiado. El estilo indirecto de pintar las escenas o de relatar los hechos, que en ocasiones aparecen

esfumados, es una de sus resultantes. Pero el prefiere insinuar, sugerir, antes que enfocar directamente; por eso las referencias, digresiones, alusiones o anécdotas sobre casos, personajes o incidentes, que se suponen conocidos del lector de mediana cultura. A veces son simples matices, pinceladas certeras con las que entrega el colorido, la vivacidad y la plasticidad que son precisamente las virtudes de su estilo. Rodríguez Mendoza es un escritor con pupila de pintor al que ayuda eficazmente su prodigiosa memoria visual y resulta por eso un imaginero de primera fuerza, un vigoroso escritor gráfico. Todo esto hará tal vez encontrar a los críticos inconformistas alguna dispersión en su obra, cierta falta de unidad como la que se exigía para el teatro clásico. Bien sabemos que la crítica moderna no la exige ya ni para la novela, y que menos debe pretender ortodoxia en obras de esta categoría, que no se ajustan a un solo género literario, porque hay en ellas múltiples aspectos reunidos: autobiografía, memorias, crónica, historia comentada y animada.

Se destaca también en su desarrollo cierto afán de intrascendencia, como aparentando no conceder mayor importancia a lo que se escribe. Esto deriva también de otra condición temperamental del autor: su acentuada afición por lo pintoresco. Mucho del realismo español y de la antigua picaresca asoman en la manera de tratar sus biografiados, lo que lo hacen percibir antes que nada la nota grotesca. Pero hay preexistiendo, un genuino sentido del humor que lo hace enfocar desde tal ángulo todo cuanto desfile ante su vista. Su abundante humorismo lo hace pasar fácilmente del brochazo impresionista, del croquis aguafuertista o, al «capricho goyesco» o a la caricatura. Un idéntico prurito de intrascendencia lo hace no tomar en serio y referirse en «solfa» a muchos temas o acontecimientos que para los seres carentes de «humour» deben lógicamente ser trascendentales. Todo ello está en el carácter del escritor. Porque hay sólo una aparente incongruencia entre la esfigie del Rodríguez Mendoza representativo, diplomático, ex-senador, hombre de

sociedad, erguido y altivo, y el castizo escritor criollista, chileno cien por ciento, que conoce cabalmente la psicología de su raza, el ingenio de su pueblo y que introduce en lo que escribe chilenismos a granel, giros familiares, metáforas y comparaciones criollas, que quitan a su prosa la tiesura y el engolamiento que seduciría a los académicos. Mejor así porque si prescindiera de su idiosincracia tan castizamente chilena, perdería mucho de lo que le ha dado a su personalidad literaria una fuerte originalidad entre los escritores de América. Que prosiga con todas sus calidades en sus próximos libros es nuestro ferviente anhelo.—

ALEJANDRO REYES P.

Santiago, enero 25 de 1949.



EL SIGNO QUE HUYE, poemas por *María Tagle*

La Asociación de Mujeres Universitarias de Chile, bajo la autoridad de la doctora María Figueroa, acaba de lograr la estatua viva de María Tagle, editando el haz tembloroso de su obra, más que inédita, todavía en formación de eternidad, porque *El Signo que Huye*, (1), es el cuaderno de trabajo del corazón de María Tagle, lleno de perspectivas y probabilidades; de ahí que este libro que bulle como un ramo de rosas de fuego, sea no precisamente, *un libro*, sino que el germen augusto de una ternura y una visión que la muerte cortó demasiado pronto para desventura de los que apreciábamos a María en su vasta condición de poeta, de profesional, de mujer, de hermana y de amiga:

«Yo soy como un infante que lastiman las sombras», (49).

---

(1) Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1948; 94 páginas. Prólogo de Estela Miranda S. Portada con una reproducción de la escultura de Olga Cohen.